ZAIDA,

DRAMA ORIGINAL EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO.

POR

Don Antonio García Gutierrez.



MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1841.

7

PERSONAS.

ALFONSO VI.

BENAMET, *rey de Sevilla.*

EL CONDE DON PEDRO ANSUREZ.

DON VELA.

DON LOPE.

AZAMOR, ESCLAVO DE BENAMET, *de edad de 15 años.*

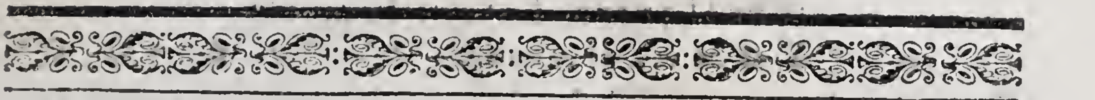
ZAIDA.

DOÑA JIMENA MUÑON, *dama de Alfonso.*

CORTESANOS, PUEBLO, SOLDADOS.

La accion pasa en Toledo pocos meses despues de la conquista de esta ciudad por Alfonso VI.





Acto primero.

El teatro representa una sala, humildemente alhajada. Puerta al fondo y una gran reja que se figura caer á una escalera. A la izquierda dos puertas: á la derecha una ventana que da vista á la calle.

ESCENA PRIMERA.

AZAMOR, *saliendo de la izquierda y dirigiéndose á la ventana.*

AZAMOR. Veré si viene don Juan,
Aunque es en vano aguardalle,
Que aun discurren por la calle
Gentes que vienen y van.
Sin embargo, á esotro lado
Do la luz no reberbera,
En guisa de quien espera
Hay un mancebo embozado.
¿Si es el galan macilento
Que tardes y noches pasa
Del hondo amor que le abrasa
Dando suspiros al viento?
Pero si mi vista es fiel,
Aunque la noche le oculta,
O es que la sombra le abulta,
O es mas alto que no aquel.
No, no... es don Juan: temerá
Si á verle la gente acierta.

¡Chist! ¡nada...! abriré la puerta,
Y si es él, él entrará.

(Vase por la puerta del fondo: un instante despues sale con don Vela.)

ESCENA II.

AZAMOR. DON VELA.

AZAMOR. ¿Quién sois?
D. VELA: El que esperas.
AZAMOR. ¡Hola!
Descubra el rostro y veremos
Sinó miente.
D. VELA: Antes hablemos.
¿Está tu señora sola?
Diga.
AZAMOR. (Me ahoga el furor
Y el despecho.)
D. VELA. ¿No responde?
AZAMOR. Quien cobarde el rostro esconde,
Caballero, es un traidor.
Quien procede como honrado,
Ni de una casta doncella
El santo honor atropella,
Ni lleva el rostro embozado;
Mas, el que asi le repara,
Es porque segun sospecho,
Lleva la infamia en el pecho
Y la vergüenza en la cara.
D. VELA. ¿Qué importa, cuerpo de tal,
Si mi rostro no conoces?
AZAMOR. Saldreis.
D. VELA. No.
AZAMOR: Pues daré voces.
D. VELA. Sin duda; pero haras mal.

ESCENA III.

DICHOS. ZAIDA.

ZAIDA. ¿Qué es esto?
AZAMOR. Que ese mancebo

Ha osado entrarse hasta aqui
Sin respeto.

ZAIDA. ¿Cómo asi?

D. VELA. (A mirarla no me atrevo.)

ZAIDA. (¡Él es!)

D. VELA. Perdonad, si yo...

ZAIDA. ¡Basta! Despeja un instante,
Azamor.

AZAMOR. ¿Cómo?

ZAIDA. (*Aparte á Azamor.*) No obstante,
Quédate cerca.

AZAMOR. ¿Pues no? (*Aparte á Zaida.*)
Y si acaso á algun desman
Se atreve, que de seguro
Sí hará...

ZAIDA. ¡Bien! bien...

AZAMOR. Yo le juro...
Que lo ha de saber don Juan.
(*Vase por la izquierda.*)

ESCENA IV.

ZAIDA. DON VELA.

D. VELA. No os estrañe verme asi
Tan sin sosiego y sin calma,
Pues vengo buscando el alma
Donde mismo la perdí.
¿Cómo quereis que haya en mí
En tal desdicha sosiego,
Pues si á vuestras plantas llego
A deciros mi dolor,
Os hallo con tal rigor
Sorda á la piedad y al ruego?
¿Cómo quereis cuando lloro
Abrasado en tal veneno,
Que no os diga cuánto peno,
Que calle cuánto os adoro?
No mancho vuestro decoro
Ni vos ofendo indiscreto,
Que por mi nombre os prometo

Que es esta ciega pasion,
Mas que amor, adoracion;
Mas que adoracion, respeto.

ZAIDA. Mancebo desvanecido
Que asi arrostrais mi desprecio,
Atrevido como necio
Y loco mas que atrevido,
No asi ciego, inadvertido
Afronteis mi indignacion,
Ni asi hagais ostentacion
De ese respeto que ignoro,
Que no estima mi decoro
Quien arriesga mi opinion.
Si con vuestro amor pensais
Hacerme acaso merced,
Os doy gracias, mas sabed
Que desde luego lo errais.
Y entended, si imaginais
Desvanecer mi rigor,
Que con gusto de mi amor,
Aunque en humildad me iguale,
Tengo galan, que bien vale
Lo que vos valeis, señor.

D. VELA. Bien lo sé: y harto, señora,
Vuestro respeto le debe
Al que á vengar no se atreve
Agravios que el alma llora.
Bien sé que encuentra la aurora
En vuestra casa, el que vos
Amais; mas rogad á Dios
Que en su daño y vuestro mal,
Cara á cara en el umbral
No nos hallemos los dos.

ZAIDA. Mas no por eso mas bien
Daré á vuestro amor oido,
Que cuanto mas atrevido
Mas irritais mi desden.

D. VELA. ¿Qué importará, cuando esten
Satisfechos mis recelos?
Que saben los altos cielos
Que es horrible soportar
Tras del veneno de amar,

La ponzoña de los zelos.
ZAIDA. ¡Basta! salid.
D. VELA. No es posible,
Sin llevar algun favor
De mi audacia ó de tu amor.
ZAIDA. Apartad, que estais terrible.
D. VELA. Ni eres á mi amor sensible,
Ni á mi venganza tampoco.
ZAIDA.. Presumo que venís loco
Para hacer tan grande estremo;
Pero sabed que no os temo...
D. VELA. ¿Por qué?
ZAIDA. Porque os tengo en poco.
(*A una seña de Zaida, sale Azamor.*)

ESCENA V.

DICHOS. AZAMOR.

AZAMOR. ¿Señora?
ZAIDA. A ese caballero
Hasta la puerta acompaña. (*Vase.*)
AZAMOR. Me place.
D. VELA. ¡Irrita mi saña! (*Se sienta.*)
AZAMOR. ¿Se sienta, y ve que le espero?
D. VELA. Es el caso, que he pensado
Quedarme aqui.
AZAMOR. ¡Dios me valga!
D. VELA. Hasta que á la calle salga
El galan afortunado.
AZAMOR. ¡Oh! si dais en desvaríos
Semejantes, podrá ser
Que os busqueis harto que hacer.
D. VELA. ¿Es caballero?
AZAMOR. Y de bríos.
D. VELA. Acaso algun baladron
Que hazañas te cuenta.
AZAMOR. ¡Basta!
D. VELA. ¿No es cierto?
AZAMOR. No tal, que gasta
Muy poca conversacion.
¡Ea! ¡Salid!

D. VELA. No hay que pensar
En ello.

AZAMOR. (¡Terrible trance!)
Vais á ocasionar un lance
Que os puede luego pesar.

D. VELA. Si lo dices...

AZAMOR. Claro está.

D. VELA. ¿Por qué?

AZAMOR. No alcanzo otro medio.

D. VELA. Habrá sangre.

AZAMOR. ¿Y qué remedio?

D. VELA. Pues bien...

AZAMOR. Digo que la habrá.
(*Se oye en la ventana ruido.*)

D. VELA. ¿Es seña?

AZAMOR. La suya.

D. VELA. Quedo.
¿Él viene á esta sala?

AZAMOR. Sí.

D. VELA. ¿Hay donde esconderme?

AZAMOR. Aqui.
(¿Apuesto que tiene miedo?)

(*Don Vela se esconde tras de la cortina de la ventana.*)

Mas cuando salga...

D. VELA. Saldré.

AZAMOR. ¿A la calle?

D. VELA. ¡Qué locura!
No, hasta lograr mi ventura.
Ya lo sabes.

AZAMOR. Ya lo sé.
(Es imposible evitar
A don Juan un compromiso;
mas la desgracia lo quiso.)
(*Vase por el fondo.*)

D. VELA. Asi lo podré observar.
¡Vive Dios que estoy turbado!

AZAMOR. ¡Entrad, entrad!

D. VELA. Ya le escucho.

ESCENA VI.

ALFONSO. AZAMOR. DON VELA, escondido.

ALFONSO. ¡Harto en verdad has tardado,
Pardiez!
AZAMOR. Me lo he figurado.
¿Os he detenido mucho?
ALFONSO. Sí por cierto.
AZAMOR. No fuí dueño
De hacer mas.
ALFONSO. ¡Pésie á mis iras!
¿Pues quién te lo impide?
AZAMOR. El sueño.
ALFONSO. Antes pienso que me miras
Turbado y con torbo ceño.
AZAMOR. ¡Yo! ¡qué aprension!
ALFONSO. Es decir
Que me ocultas tu sentir
Cuando á consolarle vengo.
AZAMOR. ¡Turbado yo! ¡yo! — ¡Si tengo
Una gana de reir!
(¡Yo le juro...!)

ESCENA VII.

DICHOS. ZAIDA.

ZAIDA. ¿Era ya hora
De veros?
AZAMOR. (¡Es trance fuerte!)
ALFONSO. ¿Por qué me culpas, señora,
Cuando vengo con la aurora
Cada vez que vengo á verte?
ZAIDA. Eso sí; siempre galan;
Pero fiel, sábelo Dios.
ALFONSO. ¿Qué dices?
AZAMOR. Esas, don Juan,
Son cuentas, que ya serán
Soldadas entre los dos.
ZAIDA. ¿Y por qué yo...?
AZAMOR. Porque en ella

Estuviera siempre mal,
Y no cumple á una doncella
Encender una querella
Por mi pacto marital.

ALFONSO. ¿Y es eso?

ZAIDA. ¡Qué atrevimiento!
¡Miente!

ALFONSO. Si es sano mi intento,
¿Puédesme en eso ofender?

AZAMOR. (No, pues el otro ha de ser
De hiel sino está contento.)

ALFONSO. Ven, Zaida: siéntate aqui,
A mi lado. ¿Por qué quieres
Tu afan ocultarme asi?
¿No eres tú mi amor? ¿No eres
El alma que vive en mí?

ZAIDA. ¡Don Juan! ¡dichosa sería...!
Mas si en hado lisongero
Mi esposo te llamo un dia,
¿Serás feliz?

ALFONSO. Solo espero
Para eso llamarte mia.
Dueño de tal hermosura,
No hay mayor ventura, no.
¿Callas?

ZAIDA. ¡Locura! ¡locura!
¿Cómo puedo dar ventura
Cuando no la tengo yo?

ALFONSO. Una mirada, un suspiro
Abren á mi vista el cielo.
Mírame, pues.

ZAIDA. ¡Yo deliro!
Si eso basta á tu consuelo,
No te enojes; ya te miro.
(*Mirándole con ternura.*)

ALFONSO. ¿Cuando me miras asi,
No guardas allá en tu pecho
Un suspiro para mí?

ZAIDA. ¿Lo dudas?

ALFONSO. Ni aun lo sospecho.
No me quieras.

ZAIDA. (*Suspirando.*) ¡Ay, que sí!

ALFONSO. La llama de mi amor fiel
En tu corazon no arde
Si no hay lágrimas en él.

ZAIDA. ¿Y qué quieres tú que guarde
Para tu ausencia, cruel?

ALFONSO. Bien poco te merecí
De caricias.

ZAIDA. ¡Oh! no puedo
Eso, don Juan.

ALFONSO. ¿Por qué asi?

ZAIDA. Tengo á las caricias miedo,
Y te tengo miedo á tí.

ALFONSO. ¿Qué me prueba ese temor?

ZAIDA. ¿Qué prueba? que soy muger,
Y muger que tiene amor,
Mas que veda á su querer
Los límites de su honor.

ZAMOR. ¿Qué es eso, cuerpo de tal?

AIDA. ¡Azamor!

ZAMOR. (*A Alfonso.*)
¿Qué estais diciendo?

LFONSO. Dígola amores.

AIDA. Cabal.

ZAMOR. Cosa es esa que no entiendo,
Mas que me parece mal.

LFONSO. ¿Dudas que mi amor no sea
Tan puro como el amor
Que tu corazon desea?

ZAMOR. No sé en verdad lo que crea
Al veros tan hablador.

LFONSO. Pues bien: si dudas de mí
Con tan acerba injusticia,
Mañana...

AIDA. ¿Mañana...? ¡di!

AMOR. ¿La dais vuestra mano?

FONSO. Sí,
Aunque pese á tu malicia.

AMOR. ¡Pése al diablo! ¿qué otra cosa
Alimenta mi deseo?

IDA. ¡Don Juan! ¡Don Juan! ¿yo tu esposa?

AMOR. ¿Y hay alguna tan hermosa
Que merezca tal empleo?

ALFONSO. Cuenta, que zelos me das.

AZAMOR. Cuenta, que es ya de partir
Hora.

ALFONSO. Es verdad. (*Se levanta.*)

ZAIDA. ¿Ya te vas?

ALFONSO. Pero mañana...

AZAMOR. No hay mas
Que ofrecer ni que advertir.
Idos luego, voto á San...

ZAIDA. Mas qué causa...

AZAMOR. ¡Adentro os digo!
Tengo que hablar á don Juan
En secreto y sin testigo.

(*Lleva á Zaida de la mano hasta la primera puerta á la izquierda.*)

ESCENA VIII.

ALFONSO. AZAMOR.

ALFONSO. Hable el mozo.

AZAMOR. Oiga el galan.
¿Tiene valor?

ALFONSO. ¡Es pregunta
singular!

AZAMOR. ¿Tiene nobleza?

ALFONSO. ¡Rapaz!

AZAMOR. ¿Impórtale en algo
Sobre su honor una afrenta?

ALFONSO. ¿Sabe quién soy? (*Irritado.*)

AZAMOR. No por cierto.
Mas lo sabré.

ALFONSO. Bien.

AZAMOR. Pues sea.
Y casado, le importara
Que otro con amantes quejas
La blanda paz de su sueño
Por la noche interrumpiera.

ALFONSO. ¡Acaba, que esas palabras
El corazon me atraviesan,
Y vive Dios...!

AZAMOR. ¡Asi os quiero!

¡Qué bien la cólera os sienta!
LFONSO. ¿Búrlaste de mí?
ZAMOR. ¡Burlarme!
No tal; pero bien pudiera
Suceder...
LFONSO. ¡En fin...!
ZAMOR. ¡A espacio!
Vos gastais poca paciencia.
LFONSO. ¿Mas paciencia que sufrirte
Quieres?
ZAMOR. Acaso está cerca
El momento en que de amante
Y caballero hagais prueba.
¿Qué merece quien osado
El santo blason vulnera
De una dama, y de su casa
Los umbrales atropella?
¿Quién, cobarde vandolero,
Robarla su honor intenta,
O mancillar con el vulgo
Su fama si á verle aciertan?
LFONSO. Merece la muerte.
ZAMOR. Es cierto.
Y si esa dama tuviera
Otro amor..., y...
LFONSO. Vete á espacio,
Que me matan las sospechas.
ZAMOR. ¿Y en tal caso, á quién le toca
Desnudar en su defensa
La espada?
FONSO. A mí; pero dime...
AMOR. ¿Su nombre? no sé quien sea.
FONSO. ¿Dónde le hallaré?
AMOR. No lejos
De aqui.
FONSO. ¿Dónde, pues?
AMOR. Tras de esa
Cortina.
FONSO. ¡Pardiez! (*Sacando la espada.*)
AMOR. Miradlo.
(*Levanta la cortina.*)
FONSO. No hay nadie.

AZAMOR. ¡Nadie! es quimera.
Yo mismo...

ALFONSO. ¿Qué dice?

AZAMOR. Digo,
(*Asomándose á la ventana.*)
Que tiene escelentes piernas.

ALFONSO. Sin duda saltó á la calle.

AZAMOR. Cierto: en la calle os espera.

ALFONSO. No aguardará mucho tiempo.

AZAMOR. ¿Lleva cota?

ALFONSO. Abre esa puerta.

AZAMOR. Antes, dejad que la espada
Examine. ¡Brava pieza!

ALFONSO. ¡Suelta, rapaz!

AZAMOR. En buen hora.
(*Vase don Alfonso.*)
Marchad, y quien no respeta
De una muger el sagrado,
Que como villano muera.

ESCENA IX.

AZAMOR. Luego ZAIDA.

AZAMOR. ¡No sé si hice bien! Con todo,
Bien ó mal, ya es cosa hecha.
¡Arrestado va! Dios dé
Victoria á quien la merezca.
(*Asomándose á la ventana.*)
¡Bueno! ¡ya salió á la calle!
¡Se hablan!

ZAIDA. ¡Azamor!

AZAMOR. Ya tercian
Las capas.

ZAIDA. ¡Azamor!

AZAMOR. ¡Calla!
(*Se oye en la calle ruido de espadas.*)

ZAIDA. ¿Qué es lo que en la calle suena?
¡Rumor de espadas! ¡ay triste!

AZAMOR. ¡Bien riñen!

ZAIDA. ¡Aparta!

AZAMOR. Deja.

AIDA. ¿Es don Juan?

ZAMOR. Y el atrevido
Que...

AIDA. ¡Maldito mi amor sea!

ZAMOR. ¡Calla!

AIDA. Ya cesó el ruido.

ZAMOR. Uno corre... ¡el otro queda!

AIDA. ¡Santos cielos!

ZAMOR. Mas debajo
De la ventana hacen seña.
(*Hace como que escucha.*)
¡Vencedor!

AIDA. ¡Ah!

ZAMOR. Pero un hombre
Que por la calle atraviesa,
Le obliga á alejarse.

AIDA. ¡Quita!
Cierra esa ventana apriesa.
Si viesen luz...

ZAMOR. Es verdad.
¿Y la puerta?

AIDA. Baja y cierra.

ZAMOR. ¡Yo...!

AIDA. ¿Tienes miedo?

ZAMOR. No es eso;
Mas si conmigo vinieras...

AIDA. Fuerza será que el temor
Valor ante el riesgo sea.

(*Al ir á salir por la puerta del fondo, aparece en ella Benamet.*)

ESCENA X.

DICHOS. BENAMET.

AIDA. ¡Ah!

ZAMOR. ¡Qué miro!

AIDA. ¿Quién es?

BENAMET. ¿De qué te espantas?

AIDA. ¡Mi padre!

BENAMET. Sí, tu padre, el que á deshora
Por desdichada inspiracion del cielo
Viene á ver á su casa su deshonra.

ZAIDA. ¡Tremendo Dios!

BENAMET. Cuando esperaba hallarte
En tu lecho tranquila, cuando loca
Mi ciega confianza presumia
Segura hallarte en tu inocencia propia,
Llego á mis puertas, y á mis puertas hallo
Enemigas espadas que se chocan,
Y sangre que resbala en sus umbrales,
Y moribundos que su entrada estorban.
¿Qué es esto? responded.

AZAMOR. Yo...

BENAMET. Los esclavos,
Donde habla su señor, callar les toca.
Retiraos.

AZAMOR. (¡Esto mas!) (*Vase.*)

ESCENA XI.

ZAIDA. BENAMET.

BENAMET. Solos estamos;
Si disculpa teneis, hablad ahora.

ZAIDA. ¿Y qué puedo decirte, que tu saña
Baste á calmar, si mi pasion te enoja?
Para este amor cuitado, no hay disculpa
Sino en el mismo amor que por sí aboga.
¡Y es tan facil, señor, á la que vive
Sin otro afecto abandonada y sola,
Sin que la luz del cielo la ilumine,
Sin que de un padre las caricias oiga,
Es tan facil que ciega y deslumbrada
Olvide sus estériles memorias,
Y que abra el corazon triste y vacío
A la esperanza en que el amor rebosa!
¿Sabes tú cuántas noches han pasado
De negra soledad, por esta lóbrega
Desdichada mansion? ¿Cuántas de insomnio
Con el triste silencio de las horas
Pasaron largamente, desde el dia
Postrero en que te vi? ¡Terrible cosa
Es pretender que sin cariño viva
Cuando de tal manera me abandonas!

BENAMET. ¡Es verdad! ¡Es verdad!

ZAIDA. Y luego, en pago
De mi filial pasion, una vez y otra,
Mil veces de rodillas te he pedido
Que ese velo fatídico descorras
Que tu existencia y mi existencia triste
Siniestro envuelve en perdurable sombra.

BENAMET. ¡Zaida!

ZAIDA. Si acaso en mis recuerdos busco
La imagen de ilusiones cariñosas,
Gozadas entre sueños infantiles,
Y besos que regalan mi memoria,
Allá á lo lejos la espresion divina
De una madre tal vez, contemplo absorta,
Que me arrulla y me llama con palabras
Que de pasion dulcísima rebosa.
Y es una madre, sí; y está su imagen
Aqui grabada penetrante y honda,
Ya creacion de mentiroso encanto,
Ya realidad con abultada forma.
Mas, vos me arrebatais cuanto en el mundo
El porvenir de mi existencia abona;
Cuantos dulces recuerdos acompañan
Mis noches solitarias y medrosas.

BENAMET. ¡Tu madre! no... ¡tu madre! la infelice
Te dió la vida en su postrer congoja,
Y huérfana quedaste desde el dia
En que á la luz del sol tus ojos llora...
Esa imagen celeste, que tu mente
Apacible acaricia, es la engañosa
Tersa ilusion de angélicos ensueños
Que de los niños en la cuna brotan.

ZAIDA. ¿Mas quién era, señor? ¡su nombre al menos
Decidme por piedad! Pueda mi boca
Pronunciarle á lo menos, y enlazarle
Con mi triste plegaria religiosa.
¡Su nombre!

BENAMET. ¡Eso, jamas!

ZAIDA. ¡Oh! ¡siempre! ¡siempre
Es misterio horrible!

BENAMET. Sí: aun no es hora
De revelar el lúgubre secreto

Que se encierra en mi pecho y le destroza.
Por lo demas, es cierto: yo, insensato,
En soledad amarga y peligrosa
Aqui te abandoné; pero mañana
A la luz partiremos de la aurora.

ZAIDA. ¡Imposible, señor!

BENAMET. ¿Por qué?

ZAIDA. Mañana
Acaso el nombre llevaré de esposa.

BENAMET. ¿Qué dices?

ZAIDA. Nada á mi ventura falta...

BENAMET. ¡Nada!

ZAIDA. Si tú la bendicion me otorgas.

BENAMET. Mañana partirás.

ZAIDA. ¡Padre!

BENAMET. Ya es tiempo
De descansar; ¡á Dios!

ZAIDA. ¡Padre!

BENAMET. Reposa,
Reposa en paz.

ZAIDA. ¡Piedad!

BENAMET. Harta he tenido
En perdonar tu pertinacia loca.

ESCENA XII.

ZAIDA. Luego AZAMOR.

ZAIDA. ¡Ay! ¡efimera alegría
De amorosa bienandanza,
Loca por ser esperanza,
Y liviana por ser mia!
¿Lo oiste? (*A Azamor que sale.*)

AZAMOR. Todo.

ZAIDA. ¡Ay de mí!

AZAMOR. ¿Qué haremos?

ZAIDA. ¿Hay ya en mi suerte
Mas consuelo que la muerte?

AZAMOR. ¿Por qué acobardarte asi?
Ya que tan hidalgo y fiel
A su oferta corresponde,
Iré á buscarle...

ZAIDA. ¿Mas dónde?

AZAMOR. No sé; mas daré con él.

ZAIDA. ¿Pero cómo y á qué hora
Vendrá si en su amor persiste?

AZAMOR. Mañana.

ZAIDA. Pero ya oiste
Que partimos con la aurora.

AZAMOR. Pues bien: ahora mismo...

ZAIDA. Espera.
¿No oyes rumor?

(*En este momento se deja ver por la reja del fondo un vivo resplandor, y poco despues se ven las picas y alabardas de los que se figura que suben por la escalera.*)

AZAMOR. ¡Es estraño!
Y hay gente si no me engaño,
Y luces en la escalera.
Tu padre, turbado, abierto
Dejó sin duda el portal,
Y esa gente en el umbral
Halló por desdicha al muerto.

ZAIDA. ¿Qué dices?

UNA VOZ. ¡Abrid al rey!

ZAIDA. ¿Oyes?

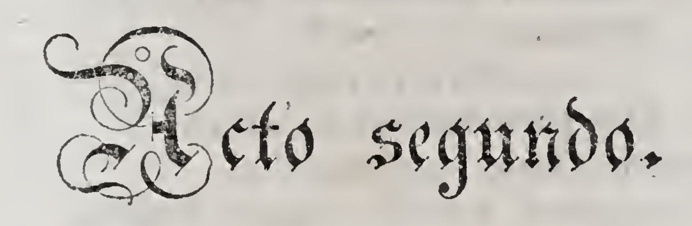
(*Refugiándose en brazos de Azamor, y retrocediendo con él espantada.*)

AZAMOR. Hacerlo es razon;
Mas díganme quién son.

LA VOZ. Los ministros de la ley.

(*Los dos quedan abrazados y sobrecogidos de terror. Los que estan en la escalera empujan la puerta con violencia.*)





Acto segundo.

Un salon regio en el palacio de Toledo, lujosamente decorado. A la derecha del actor el trono: delante de este una mesa, sobre la que estan cubiertos con un paño de púrpura el cetro y la corona de los reyes de Castilla. A la izquierda una puerta, y en el fondo una galería espaciosa, á la que se sale por tres grandes puertas.

ESCENA PRIMERA.

DON ALFONSO *y* DON VELA, *que entran por la izquierda. En la galería* CORTESANOS *que pasean en diversos sentidos.*

ALFONSO. Escuchad: fue por mi vida
Terrible lance.

D. VELA. Ya os oigo.

ALFONSO. Salgo de su casa; apenas
Tras de mí la puerta entorno,
Cuando un hombre se me acerca
Con ademan misterioso.
Oculto el rostro traía
En los pliegues del embozo,
Y el sombrero con donaire
Calado sobre los ojos.
Nos miramos breve rato:
Nos hablamos claro y corto.
—Salís de esa casa, dijo.
—Ya lo habeis visto, respondo.
—Y en esa casa sin duda

Buscais amores. — Supongo.
— Pues ved lo que haceis, replicó,
Que ha de morir uno ú otro.
Echando á un lado la capa
Gallardamente animoso,
Desnuda el acero: entonces
Le vi con la luna el rostro.
Jóven era: aun no asomaba
Sobre sus labios el bozo;
Mas tan osado y resuelto
Como pudiera yo propio.
Medimos nuestras espadas.
¡Buen brazo! mancebo y todo
Era un Cid. Estuvo el lance
Por largo rato dudoso.
El callaba, y yo callaba:
Me defiendo, y le reporto,
Que por Dios que me pesaba
Darle la muerte tan mozo.
Pero él ciego se adelanta,
Y sin pensar, no sé cómo...

D. VELA. ¿Le heristeis?

ALFONSO. Soy muerto, dijo
Con triste lamento sordo.
Volvióse á lanzar de nuevo,
Y mi espada con asombro
Hallé en su pecho clavada
Desde la punta hasta el pomo.

D. VELA. ¿Y luego?

ALFONSO. Murió sin duda.
Le abandoné temeroso
De ser de alguien conocido,
Y aprisa al palacio torno.

D. VELA. ¿Decís que ella no os conoce?

ALFONSO. Ni lo sospecha tampoco.
Sabe que la quiero, y esto
Para una muger es todo.
Por un capitan me tiene
Y don Juan alli me nombro;
Mas hoy, ya es fuerza correr
Este velo misterioso.

D. VELA. Pues qué, sabrá que sois vos...

ALFONSO. Si me habla de desposorios,
Cosa precisa, ¿no veis
Que declararlo es forzoso?
D. VELA. ¿Y si se negase...
ALFONSO. ¿A qué?
¿A partir conmigo un trono?
D. VELA. ¿Qué decís? ¡oh! ¡no es posible!
¿Manchareis asi el decoro
De la magestad, en mengua
De Jimena y de vos propio?
¡Una mora...!
ALFONSO. ¿Desde cuándo
Andais tan escrupuloso?
Católico estais, don Vela,
¿Qué es eso?
D. VELA. Yo...
ALFONSO. ¡Pobre mozo!
Dejaos ya de eso, que el diablo
Nunca presumió de apostol.
D. VELA. Ley es vuestra voluntad.
ALFONSO. Con vos cuento para el logro
De mi amor: haced que luego
Quede prevenido todo.
Avisad al arzobispo
Y á mi corte.
D. VELA. ¡Qué! ¿Tan pronto?
ALFONSO. ¿Mi voluntad no es la ley?
D. VELA. Con el silencio os respondo.
(Vase despues de hacer una profunda reverencia.)

ESCENA II.

DON ALFONSO. Luego EL CONDE DON PEDRO ANSUREZ.

ALFONSO. Hoy quiero dar á mis pueblos
Tal reina, que sea en mi trono
Por su virtud y hermosura
Astro y envidia de todos.
D. PEDRO. ¡Justicia! ¡justicia, ó rey!
ALFONSO. ¡Peransurez!
D. PEDRO. ¡Oh dolor!
Es mi desdicha, señor,

Que viene á implorar tu ley.
Es la mayor desventura,
Es el tormento mas grave
Que en humano pecho cabe.

ALFONSO. Quien mi justicia procura,
No llega en balde.

D. PEDRO. Lo sé.

ALFONSO. Y si alguno os ultrajó,
Hablad, Ansurez, que yo
Justicia administraré.

D. PEDRO. No es del honor triste ley
La que causa mi dolor,
Que en los agravios de honor
Juzga la espada, y no el rey.
Mi hijo, mi esperanza.—

ALFONSO. Hablad.

D. PEDRO. Esta noche le han hallado
En propia sangre bañado
Las rondas de la ciudad.

ALFONSO. (¡Qué escucho!)

D. PEDRO. Junto al umbral
De una casa, alli le hirieron,
Y como en ella luz vieron
Antes del trance fatal...

ALFONFO. ¡Qué decís!

D. PEDRO. Ya en cárcel dura,
Que pienso no será en vano,
Quedan...

ALFONSO. ¡Quién!

D. PEDRO. Un anciano...

ALFONSO. (Respiro.)

D. PEDRO. Y una hermosura.

ALFONSO. ¿Y esa muger...?

D. PEDRO. Es muy bella,
Y mi hijo mozo y galan.

ALFONSO. (¡Qué sospecha! si serán...
¡No hay duda! ¡no hay duda! es ella.)

D. PEDRO. ¿Qué decís?

ALFONSO. Que es buen camino
Para hallar al agresor.

D. PEDRO. Decid mas bien, al traidor,
Al cobarde, al asesino.

ALFONSO. Pensad lo que hablais.

D. PEDRO. La espada
Mil veces probó en la guerra,
Y en Toledo ni en su tierra
La encontró mejor templada.
Por eso presumo yo
Que el que villano le heria
Traidoramente sería,
Porque frente á frente, no.

ALFONSO. Pues ya que tan altanero
Hollais contra vuestra fama
Los blasones de una dama
Y el honor de un caballero;
Ya que presumís tan vano,
Yo os diré que necios fueron
Juicios tales, que le hirieron
Peleando mano á mano;
Que la muerte mereció
Y otra y mil por atrevido.

D. PEDRO. ¡Vos sabeis...! ¿mas quién ha sido?
Hablad, rey Alfonso.

ALFONSO. Yo.

D. PEDRO. ¡Qué decís!

ALFONSO. Ved si habrá ley
Que vuestra sospecha escuse.

D. PEDRO. Pero la habrá que os acuse
Sin que os escude el ser rey.

ALFONSO. ¿Cuál es?

D. PEDRO. La de tanto amor
como á mi lealtad debeis,
Y al que asi correspondeis
Con tan ingrato rigor.

ALFONSO. ¡Ansurez!

D. PEDRO. Sí; ya sé bien
Que no os agrada escuchallo.

ALFONSO. Obrasteis como vasallo.

D. PEDRO. Y como noble tambien.
Vedlo vos: de vuestra historia
Las páginas recorred,
Ó á lo pasado volved
Los ojos de la memoria.
Sin mí, que en vuestro decoro

Os serví noble y leal,
Vistierais hoy un sayal
En vez de púrpura y oro.
Y cuando por saña ó miedo
Os guardaba Alimenon,
Yo rompí vuestra prision
Porque huyeseis de Toledo,
Ya sabeis que no blasono
Mi orgullo con insolencia,
Que me debeis la existencia
Y mil veces la corona.
¿Cuándo os he vuelto la cara?
¿En qué campo, vive Dios,
Corrió sangre en que por vos
Mi sangre no derramara?
Que si mis males prolijos
Lidiar tal vez me vedaron,
En mi puesto derramaron
Su noble sangre mis hijos.
Y no ha tornado ninguno
De cuantos á Toro fueron,
Que en sus muros perecieron,
¡Hijos del alma! uno á uno.
¡Y vos me quitais esquivo
Cuanto yo en el mundo amaba!
El solo que me quedaba
En vuestra defensa vivo.
Mas tanto y tan negro ultrage,
Si mi sufrimiento os prueba,
Tambien desde hoy me releva
De obediencia y vasallage.
Que no ha de callar mi labio
A quien mi soberbia humilla,
Ni se dobla mi rodilla,
Como al respeto, al agravio.

LFONSO. ¿Eso hareis?

. PEDRO. Esto resuelvo.

LFONSO. ¿No sois mi vasallo?

. PEDRO. No.

LFONSO. En tal caso, tambien yo
Del juramento os absuelvo.
Y para que no soporte

Vuestro dolor mi presencia,
Ansurez, yo os doy licencia
Para abandonar mi corte.

D. PEDRO. Eso es desterrarme, pues.

ALFONSO. Entendedlo á vuestro agrado,
Que no ha de estar á mi lado
Quien mi vasallo no es.

(*Le vuelve la espalda y se dirige á la puerta del fondo.*)

D. PEDRO. ¿Y adónde quereis, señor,
Que vaya?

ALFONSO. Tierras teneis
Que á mi largueza debeis
En pago de nuestro amor.

(*Vase, y con él todos los cortesanos.*)

ESCENA III.

DON PEDRO ANSUREZ. Luego DOÑA JIMENA.

D. PEDRO. Yo os devolveré esas tierras
Con tan largo afan ganadas;
Ganadas entre el peligro
De mil sangrientas batallas.
¿Qué me importa, si no tengo
Quien viva para heredarlas,
Ni quien mis ultrages vengue,
Ni quien mis dolores parta?

D.ª JIMENA. ¿Peransurez? (*Sale por la izquierda.*)

D. PEDRO. ¿Quién...? creía
Estar solo.

D.ª JIMENA. ¿Por qué lágrimas?

D. PEDRO. ¡Jimena!

D.ª JIMENA. ¿Venganza quieres?
Yo tambien pido venganza.

D. PEDRO. ¿Qué dices?

D.ª JIMENA. Si algo te importan
De una muger desdichada
Que sangre tuya sustenta
El deshonor y la infamia;
Si no como caballero,
Como deudo de mi casa,
No quieres que en nuestra honra

Borron afrentoso caiga,
Levanta pendon de guerra
Contra Alfonso: toca alarma,
Y en la sangre de sus pueblos
Mi escarnio y tu afrenta lava.

D. PEDRO. ¡Quieres que vengue tus zelos!

D.ª JIMENA. Zelos, sí, que me desgarran
El corazon con la honra
Y en ciego rencor me abrasan.

D. PEDRO ¿Contra Alfonso?

D.ª JIMENA. ¡Oh! el inhumano
Con ingratitud tirana,
El dosel de mi Castilla
Para otra muger consagra.

D. PEDRO. ¡Eso tambien!

D.ª JIMENA. Sin que basten
sus promesas empeñadas,
Ni este llanto de mis ojos
Para estorbar mi desgracia.
¡Otra muger, Peransurez!
Otra muger á quien ama,
Cuyas pérfidas caricias
Me roban mis esperanzas.
Y es una mora: su vida
Entre misterios velada,
La fábula es de Leon,
Y el vulgo la nombra Zaida.
Sin padres que la custodien,
Sin parientes que la valgan,
Vive sola en el oscuro
Rincon de su pobre casa.
¡Ved qué ilustre nombre! ved
¡Qué progenie soberana!

D. PEDRO. Es imposible.

D.ª JIMENA. ¡Imposible!
¿Y si mi trono ocupara?
Y si estos presentimientos
Que son temores del alma
Se realizan, ¿qué espero
Perdida y abandonada?
Tendré por asilo un claustro,
Y una celda por morada,

Y una toca por corona,
Y un fardel por toda gala.
¿Qué harias si á tan rudo estremo
De abatimiento y de infamia
La indiferencia de Alfonso
Por desventura me arrastra?

D. PEDRO. Te vengaremos.

D.ª JIMENA. ¡Silencio!
¿No oyes rumor?

D. PEDRO. Sí, sí... calla
Y espera, pues que del cielo
La justicia nos ampara.
(*Vanse por la izquierda.*)

ESCENA IV.

DON ALFONSO. DON VELA. Salen por el fondo.

ALFONSO. ¡Con que es ella!

D. VELA. Créolo asi
A juzgar por su hermosura.

ALFONSO. ¿Y nada indagar procura,
Nada sospecha de mí?

D. VELA. Que sospecha, bien lo creo,
Y aunque indagarlo no intenta
Bien á su pesar ostenta
Mal rebozado el deseo.

ALFONSO. ¿Y el viejo?

D. VELA. Tambien está
En libertad, y á la dama
Con nombre de hija la llama,
Y ella el de padre le da.

ALFONSO. Sin duda anoche llegó
A tiempo que yo reñía,
Y acaso èl mismo sería
Que por la calle cruzó.
Haced que entre.

ESCENA V.

DICHOS. AZAMOR.

D. VELA. ¿Quién asi...

AZAMOR. Perdonad.

D. VELA. ¿Adónde vais?
Sin duda la puerta errais.

ALFONSO. ¡Azamor!

AZAMOR. ¡Me llaman!

ALFONSO. Sí.

AZAMOR. ¡Valgame Dios! (*Viéndole.*)

ALFONSO. ¿Qué te espanta?
(*Vase don Vela por el fondo.*)

AZAMOR. ¿No es ilusion? ¿no es don Juan?

ALFONSO. El mismo.

AZAMOR. ¡Vos tan galan,
Vos entre opulencia tanta!

ALFONSO. ¿Por qué no, si es el palacio
Del rey Alfonso?

AZAMOR. Lo veo,
Y aun viéndolo no lo creo.

ALFONSO. ¿Por qué no?

AZAMOR. Vamos á espacio.
Vos pasábais en la casa
De Zaida, seor trapacero,
Por un noble caballero
De pobre fortuna escasa.
Y tal era vuestro porte
Si bien mostrabais lo hidalgo,
Que Dios me lleve, si en algo
Os hallé trazas de corte.
Y ahora tan apuesto os hallo,
Que en mi pensamiento loco,
Aun juzgo que sois muy poco
Si no sois mas que vasallo.

ALFONSO. Tienes razon: la engañé
Porque asi, no á mi corona,
Sino solo á mi persona
Debiera su amante fé:
Porque tuviese en su pecho
Mas lugar que en su ambicion
Mi amorosa inclinacion.

AZAMOR. Y yo digo que es bien hecho.
¿Mas qué pensais ahora hacer,
Dueño vos de una corona?

ALFONSO. Si esta ventura ambiciona

Reina de España ha de ser.

AZAMOR. ¿Cierto? ¿Pero no me engaña?
Diera mi vida por ello.

ALFONSO. ¿Qué temes?

AZAMOR. ¡Oh! que es muy bello
Ser reina, y reina de España.

ALFONSO. ¿Pero ella...?

AZAMOR. Voy con presteza
A decirla... pero ya
Pienso que viene: aqui está.
¡Venga con bien vuestra alteza!
(*La saluda con afectado respeto, y vase.*)

ESCENA VI.

DON ALFONSO. ZAIDA.

ALFONSO. Ven, Zaida, ven.

ZAIDA. ¡Alfonso!

ALFONSO. ¿Qué te turbas?
¿Por qué al placer con que feliz palpita
Mi corazon amante, no respondes,
Y antes turbada y con temor escondes
Tu frente virginal, ahora marchita?

ZAIDA. No es temor, ni es pesar: ni era posible
A quien te dió su amor, que ingrata ahora
A tan pura pasion fuera insensible.
Pero...

ALFONSO. ¿Qué dudas, dime? ¿ya no sabes
Que es un rey quien te adora y quien te ofrece
Tu ventura anhelando
La corona inmortal del gran Fernando?

ZAIDA. Todo lo sé; mas á creer no acierto
En mi ciego afanar tanta ventura.

ALFONSO. ¡Dudar, siempre dudar!

ZAIDA. Dime que es cierto,
Que no es ciega ilusion de mi locura.

ALFONSO. Todo, Zaida, es verdad: toda esa pompa
Que seduce tus ojos, halagando
Tu pueril ambicion, tanta riqueza
De inestimable y perennal tesoro,
Premio serán de tu virtud que adoro,

Y escaso galardon de tú belleza.

AIDA. No, Alfonso mio, no: ¿por qué pretendes
Elevarme hasta tí? ¿Por qué la calma
De su pobre humildad robas al alma,
Y en ambicion fatídica la enciendes?
Déjame que te adore y que sonría
En la tranquila paz de mi inocencia
Único afan de la esperanza mia.
Allá en mi pobre hogar donde corrieron
Dias de amor por nuestro mal pasados,
Contenta viveré con tus memorias
mejor que en tus alcázares dorados.

ALFONSO. ¿Separarte de mí? ¿Qué es lo que dices?
¿Vivir tú allí bajo tu oscuro techo,
Y que los dos lloremos infelices
El alma triste y desgarrado el pecho?
¿Por qué, si ahora nos brinda la esperanza
Con dias de perpetua bienandanza?

AIDA. ¡Mi humilde cuna, Alfonso...!

ALFONSO. ¡Qué locura!
Mi corona y mi amor te ennoblecieran
Si ya no fuese reina la hermosura.
¡Y es bella aqui y tranquila la existencia!
Manda cual reina aqui: respira ufana...
El sol de esta region es tu presencia:
Aqui tu voluntad es soberana.
Cuanto de rico tu capricho halague
Nada habrá que propicio á tu deseo
Justo tributo á tu ambicion no pague.
Perlas, coral, cuanto precioso encierra
El seno azul de los lejanos mares;
Torneos por el dia, y por la noche
Trovas de amor y farsas de juglares.

AIDA. ¡Ay! quién solloza en abandono triste
Y rebosando el alma de esperanzas
De la existencia al porvenir resiste.

ALFONSO. Y tambien á mi amor; ¿por qué no acabas?
¿No es cierto, di, que con anhelo ardiente
Estos dulces momentos esperabas?

AIDA. Ten lástima de mí.

ALFONSO. ¡Pudor sagrado!
¡Respira á tu placer, sin que te ahogue

El fuego de mi amor arrebatado!
Sola te quedas, Zaida: en breve instante,
Largo sin duda á mi ansiedad amante,
Decide de mi muerte ó de mi vida.

ZAIDA. ¡Sí, sí... tienes razon, Alfonso mio!
Tal vez la soledad del pensamiento
Preste á mi pecho decision y brio.

ESCENA VII.

ZAIDA, sola. Se dirige pensativa hácia el lado en que está la mesa, y levantando el paño de púrpura, descubre el cetro y la corona.

¡Eres tú, noble tesoro
De tan alta estimacion,
Mas rico que cuanto adoro
En los ensueños de oro
De mi pueril ambicion!
¡Tú á quien un pueblo se humilla
Postrado siempre de hinojos!
¡Astro imperial de Castilla,
Que brillas como el sol brilla
Para deslumbrar mis ojos!
¡Dichosa quien logra verte...!
Feliz quien á poseerte
Por alta ventura alcanza,
Y puede á sus pies ponerte
Por vase de su esperanza.
(*Queda un momento enagenada.*)
¡Qué digo! ¿qué devaneo
Turba la mente febril
Con insensato deseo?
No es para tí tal empleo,
Pobre y mísero reptil.
¿Por qué el corazon profano
De su humildad se desnuda?
¿Por qué al tocarte mi mano,
Cifra del poder humano,
Ni se estremece ni duda?
¿Mas qué mucho? quien logró
Ya merecer esta palma,

¿Qué mucho, si no nació
Grande y noble, si en el alma,
Tengo mi grandeza yo?
Sí, corona; bien estás.
(*Se ciñe la corona.*)
Brilla siempre y resplandece
Con la regia luz que das,
Que si hay quien bien te merece,
No hay quien te merezca mas.
Y si acaso en mi cabeza
Se apaga el vivo esplendor
Que te da lustre y grandeza,
Será, que de mi belleza
Te deslumbra el resplandor.
¡Ea, soberbia! esa silla
Cuya altura maravilla,
Es mi trono, es para mí!
¡Ya tiene reina Castilla!
(*Subiendo las gradas del trono.*)

ESCENA VIII.

ZAIDA y DOÑA JIMENA, que sale por la derecha.

D.ª JIMENA. ¿Cuándo no la ha habido aqui?
ZAIDA. ¡Ah!
D.ª JIMENA. ¿Quién sois? ¿quién insensata
Viene mi saña á afrontar?
¿Quien de mis galas vestida
Sentada en mi trono está?
ZAIDA. ¡Vuestro! ¿qué decís, señora?
D.ª JIMENA. ¿No sabeis...?
ZAIDA. ¡Hablad! ¡hablad!
¡Me han engañado! ¡han podido
Tan torpemente burlar
Mi inesperiencia! (*Arrodillándose.*)
D.ª JIMENA. ¿Qué es eso?
¡Reina de Castilla, alzad!
¿Quien antes soñó altanera
Tan alta dicha gozar,
Asi por el polvo arrastra
Su insolente vanidad?

¿Tú, que al sol de esa corona
Te remontabas audaz,
Ya pliegas las pobres alas
Fatigadas de volar?
Sí, que de plebeyas almas
No es digno tan noble afan,
Ni nadie á ese sol se atreve
Sino el águila real.

ZAIDA. Bien haceis en despreciarme;
Mas, que no es justo mirad
Si han burlado mi inocencia,
Que os burleis de mi pesar.
Yo bien hallada vivia
En mi triste soledad,
Tranquila, si nó contenta;
Si no venturosa, en paz.
Vi entónces al rey Alfonso;
Ahora sé que por mi mal,
Y solo le conocia
Con el nombre de don Juan.
Juzgabale caballero;
Mas no pensé en mi humildad
Que tal fuese su grandeza
Ni su clara estirpe tal.
Díjome tiernas finezas:
Dió en rondarme, dió en hablar
A mis siervos, puertas falsas
De mi vírgen voluntad.
De agradecida primero
Le escuché; mas tan galan,
Tan tierno anduvo, que al cabo...

D.ª JIMENA. Le amaste al fin.

ZAIDA. ¡Es verdad!

D.ª JIMENA. Yo haré que presto le olvides,
Desventurada rapaz,
Donde nunca el sol alumbre
Tu peligrosa beldad.

ZAIDA. ¡Oh! ¡no lo hareis, no señora!
¿Qué mas pretendeis, qué mas,
Que asi mirarme humillada
Vuestra clemencia implorar?

D.ª JIMENA. Tambien como á tí, el infame

Me ha burlado...

ZAIDA. ¡Qué! ¡Esperad...!
¿Es sueño cuánto me pasa?
¿Quién sois vos?

D.ª JIMENA. ¿Quién? tu rival.

ZAIDA. Es decir, que en torpe lazo
Que no ha anudado el altar
Vivis con el rey Alfonso
En vergonzosa amistad.

D.ª JIMENA. Es decir, que ahora luchamos,
Rivales, de igual á igual.

ZAIDA. Eso no, que no se igualan
La mancha y la castidad.
¡Ah! dejadme que respire...
Aqui batallando estan
Mi orgullo y el sentimiento
De mi ajada dignidad.

ESCENA IX.

Se abren las puertas del fondo y aparecen el rey ALFONSO *magníficamente vestido, y multitud de cortesanos que le rodean. El rey se adelanta á los demas y coje por la mano á* ZAIDA.

D.ª JIMENA. ¡Válgame el cielo! ¡qué miro!

ALFONSO. ¿Habeis elegido ya?

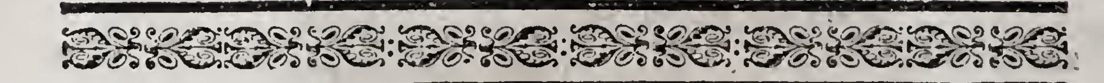
ZAIDA. Tu esposa soy.

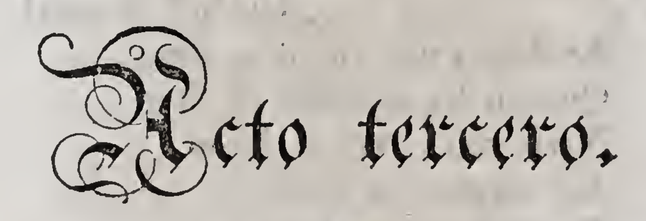
(*Lanzando á doña Jimena una mirada de triunfo.*)

ALFONSO. ¡Paso, hidalgos!
A vuestra reina acatad.

(*Los dos se dirigen hacia el fondo: los cortesanos saludan respetuosamente á Zaida. Jimena se deja caer en un sillon.*)







Acto tercero.

Cámara de la reina en el Alcázar. Puerta al fondo y dos laterales. Al levantarse el telon, estará Zaida sentada en un sitial, y á sus pies Azamor, sentado en un almohadon.

ESCENA PRIMERA.

ZAIDA. AZAMOR.

AZAMOR. ¿Que no has de alegrarte?
ZAIDA. No:
Antes el placer mi irrita
En mi tristeza infinita.
AZAMOR. ¿Quién tal en el mundo vió?
No hay cosa que bien te cuadre.
ZAIDA. ¿Que eso diciéndome estes,
Cuando llorando me ves
El desamor de mi padre?
AZAMOR. ¡Y qué! cuando su rigor
Que cruelmente le ciega,
Hasta el consuelo te niega
De que dudes de su amor,
¿Has de llorar afligida?
Y si á pensarlo te atreves,
Por ventura, ¿qué le debes?
¿Debesle mas que la vida?
ZAIDA. Deuda es santa, á quien cual yo
Vida para amar desea.
¿Y cómo quieres que sea
Ingrata á quien me la dió?

AZAMOR. Tu negra melancolía
Destierra.

ZAIDA. En vano lo intentas,
Y asi mi dolor aumentas.

AZAMOR. ¿Quieres que llore, ó que ria?
¿Qué te agrada?

ZAIDA. No lo sé.

AZAMOR. Si el llanto halaga tu pena,
De una hermosa nazarena
La historia te contaré.
Erase pues, segun diz,
Ya que tristezas prefieres,
Una niña, á quien si quieres
Podemos llamar Beatriz.
No importa: es cosa notoria,
Pero un misterio la esconde.
Ello pasó, no sé donde:
Tampoco importa á la historia.
Amóla un rey con insana
Pasion; mas la niña bella,
Lloró y maldijo su estrella
En sus harenes sultana.
Guardóla su esposo real
En solitarios parages,
Entre los muros de encajes
De su palacio oriental.
Guardóla con tal rigor
Porque celoso la amaba,
Y ella entretanto lloraba
Otros sitios y otro amor.
Ni aun asi su voluntad
Enérgica sucumbia,
Que mas su pasion nutria
El llanto en la soledad.
Por curar el frenesí
De sus acerbos dolores,
Un paraiso de flores
Era su mansion alli;
Pero en vano, en vano quiso
Cobrar su perdida calma,
Que estaba llagada el alma
Y desierto el paraiso.

Un dia... ¿No oyes? ¡par diez...!

ZAIDA. ¡Alfonso!

ESCENA II.

DICHOS. ALFONSO, completamente armado.

AZAMOR. ¡Pues ahí es nada!
ZAIDA. Dejanos.
AZAMOR. Queda aplazada
La historia para otra vez.
(*Dirigiéndose al fondo.*)
ALFONSO. ¿Por qué esa melancolía?
¿Por qué en continuo quebranto
Baña tus ojos el llanto?
AZAMOR. Reñidla por vida mia. (*Al salir.*)
ALFONSO. Ven á la corte.
ZAIDA. ¡Jamas!
ALFONSO. Alli entre galas y aceros,
De damas y caballeros
Envidia y amor serás.
ZAIDA. ¡Nunca, Alfonso!
ALFONSO. ¿Mas por qué
Tanta esquivez?
ZAIDA. ¡Oh! no agraves
Mi pena, si ya la sabes.
ALFONSO. Solo tus caprichos sé.
Ni pueden tener valor
Tus mal fundados temores.
ZAIDA. No tienen, cuando hay traidores...
ALFONSO. Ya probarán mi rigor.
ZAIDA. Sé bien que tanta grandeza
Mal asegurada está,
Y contra su reina ya
Murmuran plebe y nobleza.
Hay quien traiciones medita
De mi decoro en ultrage,
Y á romper el vasallage
Al pueblo contino escita.
¡Guarte, Alfonso! mas si asi
Mis temores te revelo,
No es por mí, que sabe el cielo

Que solo temo por tí.

ALFONSO. Si esa rebelada grey
Rompe de la ley el yugo,
El hacha de mi verdugo
Será mi cetro y mi ley.

ZAIDA. No. Alfonso, no digas tal.
No vale esta desdichada
Una gota derramada
De sangre noble y leal.
¿Por qué me quieres hacer
Si no hay razon de obligallos,
Soberana sin vasallos,
Pobre reina sin poder?
¿Eso, qué me importa á mí,
Si á un tiempo vasallo y rey
Tengo aqui bajo mi ley
Todo el universo en tí?
Tú, que con caricias blandas
En mis brazos te adormeces,
Mi dueño si me obedeces,
Y mi esclavo si me mandas.
No despiertes el encono
Del pueblo siempre enemigo,
Que á mí me basta contigo
Sin que ambicione tu trono.

ALFONSO. Aunque tu derecho arguya
Fanática la traicion,
Como es tuyo el corazon
Tambien mi corona es tuya.
Hoy parto lejos de tí,
A Portugal, contra el moro,
Mas guarda de tu decoro
Don Lope quedará aqui.

ZAIDA. Mas Jimena...

ALFONSO. ¿Esa es tu pena?
Ya sé que ciega, en su ira
Ocultamente conspira
Y á mi rigor se condena.
Hoy quedará en un convento.

ZAIDA. No es justo tanto rigor,
Que harta disculpa es su amor
De su loco atrevimiento.

ALFONSO. Pero en tanto que yo estoy
Ausente á tan largo espacio
En la torre de palacio
Tenga prision desde hoy.
Tú de su insana malicia
Juzga á tu agrado y sentencia;
Mas si usares de clemencia,
No quebrantes la justicia.
¡Hola! haced que venga aqui
(*A don Lope que sale.*)
Doña Jimena Muñon. (*Vase don Lope.*)

ZAIDA. Si me otorgas su perdon,
Consiento en hablarla.

ALFONSO. Sí.
Pero si ingrata, en su afan
Aun atrevida persiste,
¡Ay de ella, Zaida! y ay triste
Del que apoye su desman.
Ella viene. (*Vase por el fondo.*)

ESCENA III.

ZAIDA. DOÑA JIMENA. *Sale por la derecha.*

D.ª JIMENA. ¿Qué quereis
de mí?

ZAIDA. (¡Soberbia estremada!)
¿Nada me decís, y nada
Que esperar de mí teneis?
Acaso hablarme os importe.

D.ª JIMENA. ¿Sé que con dura sentencia
En daño de mi inocencia
Me desterrais de la corte.
Ya que causasteis cruel
Mi deshonra, no es bastante
Que hoy adorada y triunfante
Piseis mi regio dosel;
Que por mas humillacion,
Por mas envilecimiento,
En los muros de un convento
Me dais perpetua prision?
Ya veis que sufrir tal mengua

Es imposible, y no sé
Si soportarla podré.

ZAIDA. ¡Jimena, tened la lengua!
Ni hácia vos encono siento,
Ni en eso cifro mi palma;
Que jamas cupo en mi alma
Tan amargo sentimiento.
Al rey por vos imploré;
Pero ciega y desmedida
Conspirais contra mi vida,
Jimena; todo lo sé.
En vano mi corazon
Os perdona y compadece.
Salid.

D.ª JIMENA. ¡Qué bien que parece
Cobarde la compasion!
Temes mi venganza, sí;
Haces bien en esperarla,
Mas no podrás conjurarla
Cuando estalle sobre tí.
Piensas, cuitada muger,
Que tu justicia me asombra
Porque te escuda la sombra
De ese efimero poder?
¿Que apartada de tus ojos
Por débil desconfianza,
Ha de dormir mi venganza
Guardada con mil cerrojos?

ZAIDA. ¿Y quién rebelde osará
Abrir las puertas?

D.ª JIMENA. ¿No sabes?
Guarda en buen hora sus llaves:
El pueblo las romperá.

ZAIDA. Ved que asi vuestra sentencia
Confirmais.

D.ª JIMENA. De ella no apelo;
Mas aguardo la del cielo
Que castigue tu insolencia.
Y harto su justicia tarda
Al ver que en tal abandono,
Mancha de Castilla el trono
Reina de sangre bastarda.

ESCENA IV.

DICHOS y BENAMET por el fondo.

BENAMET. Ya os hubiera desmentido,
Señora, si de otro labio
Ese baldon y ese agravio
Por dicha hubieran salido.

ZAIDA. ¡Padre!

BENAMET. ¡Salid! (*A Jimena.*)

D.ª JIMENA. Perdonad:
No sufre doña Jimena...

BENAMET. Vuestra reina es quien lo ordena.
¿No es cierto? (*A Zaida.*)

ZAIDA. Sí; despejad.

ESCENA V.

ZAIDA. BENAMET.

ZAIDA. ¡Padre mio!

BENAMET. Es preciso que un instante
Me prestes atencion. Ya que los cielos
A tan sublime altura te elevaron,
Sin duda que mis quejas escucharon
Y han de aliviar contigo mis desvelos.

ZAIDA. ¡Hablad! y si es posible...

BENAMET. Antes de todo,
Escucha. Tiempo es ya de revelarte
El secreto espantoso
Que turba tu placer y mi reposo.

ZAIDA. ¡Mi madre! ¿No es verdad? Estremecida
Con nuevo torcedor el alma lucha.
Habla, señor, acaba por tu vida.

BENAMET. Escucha, sí; mas con horror escucha.
¿No quisiste saber su desdichada,
Su dolorosa historia?
Oyela, y ojalá quede gravada
Cual su imagen inspira en tu memoria.
Elvira era su nombre: era la hermosa
De blanca frente y celestial sonrisa
Que en tu memoria vive, y que aun rebosa.

Mal grado á mi despecho
Del pobre viejo en el cansado pecho.
Amada sin rival, como no ha sido
Amada otra muger, vió de repente
Su miserable asilo convertido
En alcázar luciente.
Era allá en los jardines de la España
Do rebervera el sol ardiente y puro,
Donde el Bétis, azul fecundo baña
De un rico imperio el formidable muro.
La pobre esclava á su soberbio asiento
Subió con espantada maravilla,
Y vasallos sin cuento
La aclamaron por reina de Sevilla.

ZAIDA. ¡Reina! ¡Reina!

BENAMET. Un amor y una corona
Ricos los dos de gloria y de esperanzas
Puse á sus pies y los holló... ¡perdona!
¡Fue su agravio mayor que mi venganza!

ZAIDA. ¡Oh!

BENAMET. Una noche terrible, dolorosa,
Una noche fatal...

ZAIDA. ¿Qué te suspende?
Prosigue... ¡dí!

BENAMET. Con paso silencioso
A su alcoba acerqueme; ¡escucha! ¡atiende!
Estabas tú en sus brazos: rebosabas
En hermosura y gracias infantiles...

ZAIDA. ¡Era aquella mi madre!

BENAMET. Ya contabas
Por horas de placeres tres abriles.

ZAIDA. ¡Mi madre!

BENAMET. En el silencio de la noche
Sentila sollozar. Honda amargura,
Su semblante marchito devoraba,
Y una carta besaba
Absorta en su frenética locura.
Luego vi que en sus brazos te mecia
Con estraña pasion; que te arrullaba
Entonando canciones dolorosas
En que de un triste amor se lamentaba.
Tú gemias tambien, pero en mi pecho

Hondo vólcan rugia, y de repente
Lanzándome á la alcoba, de las manos,
La carta la arranqué.

ZAIDA. ¡Suerte inclemente!

BENAMET. ¡Qué silencio horroroso
A este instante siguió! Tú misma, herida
De nuestro mutuo espanto,
Callabas de terror sobrecogida,
Y asomado á tus párpados el llanto.

ZAIDA. ¡Mas la carta...! ¡la carta...!

BENAMET. ¿Pór qué quieres
Que de mi negra infamia resucite
La memoria infernal? era un cristiano,
Un cautivo que amores la escribia,
Y á escapar á Castilla la incitaba...
(*Con un grito.*)
¡Y á tí tambien llevarte pretendia!

ZAIDA. ¡A mí!

BENAMET. ¿Concibes mi terror?

ZAIDA. Concibo
Por qué cruel tu corazon me niegas:
Por qué razon abandonada vivo.

BENAMET. Y es solo una sospecha. En esa carta
Nada pude encontrar que revelase
Este horrible misterio.

ZAIDA. Pero luego...

BENAMET. Ella acudió á la cita.

ZAIDA. Y el amante...

BENAMET. Amante al fin, esperanzado y ciego,
Regó con sangre el tálamo sagrado
Por su pasion adúltera manchado.

ZAIDA. ¡Venganza atroz! pero ella... dí, ¿no es cierto
Que perdonada fué?

BENAMET. Sí, perdonada,
Pues no murió como morir debia
De martirios sin cuento desgarrada.

ZAIDA. ¡Acabad! ¡acabad!

BENAMET. Sus desvaríos
A miserable muerte la arrastraron,
Y en manos de verdugos entregada
A las aguas del Bétis la arrojaron.

ZAIDA. ¡Oh! ¡qué horror!

BENAMET. Justo premio á la que impura
Con pérfida malicia
Manchó mi honor vendiendo mi ternura.
ZAIDA. ¡Fue justicia infernal!
BENAMET. Mas fue justicia.
(Un momento de pausa.)
Ahora es preciso que en tu pecho guardes
Este secreto; ¡Zaida! á ambos importa
Que con nosotros muera;
Mas si causa de enojo y descontento
Tu religion para Castilla fuera,
revelale tu nombre.
ZAIDA. ¡Esplicaos!
BENAMET. A los ruegos de tu madre
Débil cediendo en mi pasion insana,
Niña aun, en secreto te iniciaron
En los misterios de la fé cristiana.
ZAIDA. Asi en mi corazon siempre vivia
Esa pura y dulcísima creencia,
Con los nombres de Cristo y de María
Que turbaban la paz de mi conciencia.
¡Ya no hay dolor ni miedo que me asombre!
Mas mi nombre, decid...
BENAMET. Tu esposo vuelve.
Déjanos, Isabel.
ZAIDA. ¡Bello es mi nombre!

ESCENA VI.

BENAMET. ALFONSO.

BENAMET. Perdonad mi atrevimiento;
Pero hablaros me importaba
A solas, y ya tardaba
A mi impaciencia el momento.
ALFONSO. Solos estamos: decid.
BENAMET. Pues que á revelaros voy
Lo que he sido y lo que soy,
Que me cubra permitid.
ALFONSO. Si cual padre os lo consiento

Y es contra razon y ley,
Ved que delante del rey
Es notable atrevimiento.

BENAMET. Y yo os digo que bien hallo
El que cubra su cabeza
Sin que ofenda Vuestra Alteza
quien no ha nacido vasallo.

ALFONSO. ¿Quién sois?

BENAMET. Vuestro igual pudiera
Ser acaso, y vive Dios,
Que á poder ser más que vos,
Tanto como vos no fuera.

ALFONSO. De vuestro tono arrogante
Que sois caballero infiero.

BENAMET. Es que á mas de caballero
Es rey quien teneis delante.

ALFONSO. ¡Rey!

BENAMET. Mal dije, y fuera bien
Haberos dicho lo he sido,
Que mi trono ha sucumbido
De la fortuna al vaivén.

ALFONSO. Hablad.

BENAMET. Por honra ó mancilla
De mi poder soberano,
No ha mucho rigió mi mano
Dorado cetro en Sevilla.
Benamet soy: no os espante
Que de la suerte al rigor,
Viva en miseria y dolor
Quien fue monarca triunfante:
Que á quien alcázares huella
No le basta su poder
Para arrostrar y vencer
Los rigores de una estrella.
Pensé en mi loco afanar
Tanto la ambicion engaña.
Las cien coronas de España
A mi imperio sujetar.
Tefin, que en gloria suprema
En su poderosa frente
Ciñe del Africa ardiente
La mas hermosa diadema,

Apenas el noble intento
De mis proyectos oyó,
Sustentar me prometió
Mi atrevido pensamiento.
Previniendo los azares
De tan peligrosa guerra,
De huestes cubrió la tierra
Y de galeras los mares.
Diez dias ha que á este fin
Con sigiloso concierto
En Cádiz tomaron puerto
Las galeras de Tefin;
Pero Alí que las regía
Por su señor y en mi ausencia,
Proclamóse con violencia
Monarca de Andalucía,
Y á nuestra confianza ingrato
Que torpemente vendió
En Sevilla penetró
Con su gente de rebato.
Tal me trató mi fortuna,
Tanta mi desdicha fue,
Que únicamente salvé
La vida que me importuna.
Pobre y sin otra esperanza
Que mitigue mi dolor,
Vengo á implorar tu favor
Y á demandarte venganza.

ALFONSO. ¡Don Lope! al punto ordenad
La marcha.

D. LOPE. Ya el movimiento
Van á emprender...

ALFONSO. Un momento.
Esto que os digo escuchad.

D. LOPE. Ya atiendo.

ALFONSO. Haced con premura
Que luego al sonar el parche,
El campo se mueva y marche
La vuelta de Estremadura.

D. LOPE. ¿A dónde...?

ALFONSO. A Sevilla vamos.

(*Vase don Lope.*)

BENAMET. ¡Alfonso! pesie á la muerte,
Una será nuestra suerte
O triunfemos ó muramos.
(*Le alarga la mano.*)

ESCENA VII.

DICHOS. ZAIDA.

ZAIDA. Dichosa yo que así os veo.
ALFONSO. ¡Zaida!
BENAMET. ¡Hija mia!
ZAIDA. No alcanza
Mas ventura mi esperanza
Si vos colmais mi deseo.
BENAMET. Y ése deseo, ¿cuál es?
¿Qué falta á tus dichas hoy?
ZAIDA. ¡Tu perdon, padre! aquí estoy
Esperándole á tus pies.
BENAMET: Sí, Zaida, sí: ya es razon
Desventurada hija mia,
Que encuentres á tu alegría
Benigno mi corazon.
Yo te bendigo, y tambien
Tu dichosa union.
ZAIDA. ¿Qué dices?
¿Tú me amas? ¿Tú me bendices?
¡Páguete Dios tanto bien!
BENAMET. Ven á mis brazos.
(*La abraza con ternura.*)
Ahora
Fuerza es separarnos.
ZAIDA. ¡Si!
Bien tu desventura oí...
¡Bien mi corazon la llora!
No sé por qué...
ALFONSO. ¿Temes?
ZAIDA. ¡Oh!
Un negro pensamiento
Que emponzoña mi contento
Hondo en el alma vibró.

ALFONSO. ¡Temor pueril! ¡vamos, ea!
(*Hablando á dentro.*)

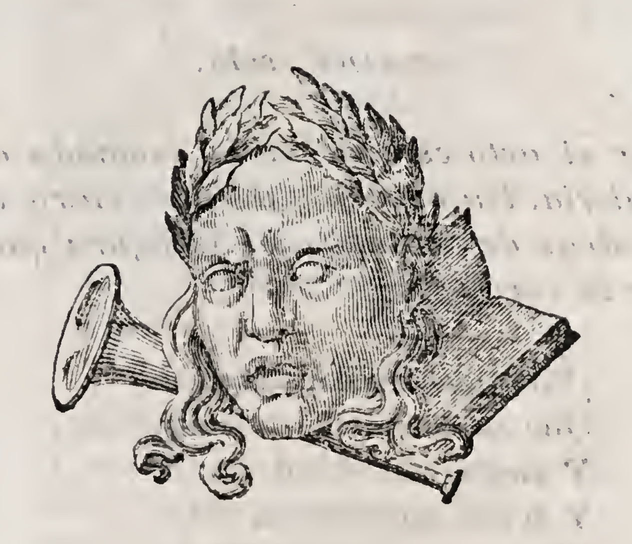
BENAMET. Tu espanto me maravilla.

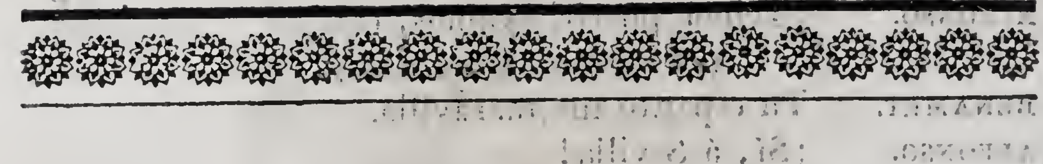
ALFONSO. ¡Sí, á Sevilla!

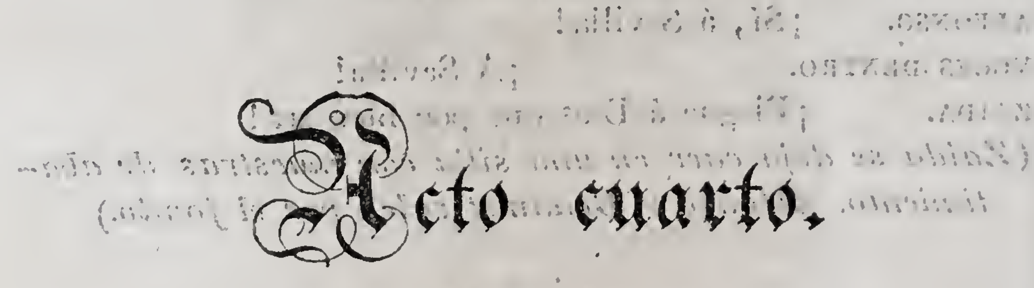
VOCES DENTRO. ¡A Sevilla!

ZAIDA. ¡Plegue á Dios que por bien sea!

(*Zaida se deja caer en una silla con muestras de abatimiento. Alfonso y Benamet salen por el fondo.*)







Acto cuarto.

La misma decoracion del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

ZAIDA, sola.

Al empezar el acto estará Zaida asomada á una reja de la galería. Un momento despues entra en el salon con muestras de abatimiento. Se figura que empieza á declinar la tarde.

¡Mentida esperanza infiel
Que en burlarme te complaces,
Y alegre con el sol naces
Y triste mueres con él!
Deseos, que en ansiedad
Perpetua irritais mi duelo,
Por hoy tambien vuestro anhelo
Es inútil; descansad.
Despierta, ilusion medrosa
Que entre imágenes sangrientas
Las horas pesadas cuentas
De la noche silenciosa.
Despertad, ayes dolientes,
Hijos de la sombra oscura,
Que redoblais la amargura
De mis lágrimas ardientes.
¡Otro dia de aguardar
En vano! ¡Y tras este dia

¡Vendrá otra vez la agonía
De padecer y esperar!

ESCENA II.

ZAIDA y AZAMOR, que sale consternado.

AZAMOR. ¿Estabas aqui?
ZAIDA. ¡Azamor!
AZAMOR. Gracias á Dios que he llegado.
ZAIDA. Traes el mirar espantado
Y el semblante sin color.
AZAMOR. ¡Oh! (*Con intencion.*)
ZAIDA. ¿Qué es eso?
AZAMOR. A la verdad,
No sé si habrá fundamento
Para ello: salí un momento
No lejos de la ciudad.
Volví, y en breves instantes
Hallé las calles desiertas,
Y del palacio á las puertas
Consternados los semblantes.
ZAIDA. ¿Qué dices?
AZAMOR. Yo con afan
Pregunté: no contestaban,
Y antes vi me señalaban
Con silencioso ademan.
No me quise detener,
Y aunque con orgullo, á espacio
Entréme luego en palacio.
ZAIDA. ¿No aciertas qué pueda ser?
AZAMOR. Yerta y sombría Toledo,
Aunque en apariencia inerme,
Con sueño siniestro duerme...
Confieso que tuve miedo.
(*Se oyen á lo lejos clarines roncos y murmullos del pueblo en la plaza.*)
ZAIDA. ¿Qué es eso?
AZAMOR. Clarines son.
(*Dirigiéndose á la galería.*)
ZAIDA. No te alejes.
AZAMOR. ¿Qué te espanta?

El tumulto se adelanta
A la puerta del Cambron.

ZAIDA. ¡Cielo santo! (*Corre hácia la galería.*)

AZAMOR. En un corcel
Atravesando la calle
Viene un hombre...

ZAIDA. ¡Y es su talle!
¡Alfonso! ¡Mi esposo!

AZAMOR. Es él.

(*Al volver á entrar los dos en el salon se oyen otra vez los clarines, pero á mas corta distancia.*)

ZAIDA. ¡Otra vez!

AZAMOR. Necio temor.

ZAIDA. ¿Por qué turba mi contento
Ese fatídico acento
De doloroso clamor?

ESCENA III.

DICHOS y DON ALFONSO cómpletamente armado. Trae cruzada sobre el pecho una banda negra.

AZAMOR. Aqui está.

ALFONSO. (¡Pobre alma mia!)

(*Contemplando á Zaida con amargura desde el dintel de la puerta.*)

ZAIDA. ¡Alfonso! ¡que al fin te veo!

ALFONSO. ¡Zaida!

ZAIDA. Te miro, y no creo
Tan suspirada alegría.

ALFONSO. Por mi desventura es cierto
Que entre tus brazos estoy,
Cuando mas debieras hoy
Llorar á tu esposo muerto.

ZAIDA. Me horrorizas, y no sé
Por qué causa, al escucharte,
No me atrevo á preguntarte
De tu desdicha el por qué.
Tú rostro espresa dolor,
Y cubre tus armas luto.

ALFONSO. Este, Zaida, ha sido el fruto
De nuestro infeliz valor.

ZAIDA. ¡Vencido!
ALFONSO. Sí.
ZAIDA. Pero di...
Mi padre...
ALFONSO. Tambien vencido.
ZAIDA. ¡Acaba!
ALFONSO. En Cazalla herido
Batallando le perdí.
ZAIDA. ¡Murió!
ALFONSO. Murió; mas vengado.
ZAIDA. ¿Qué me importa que lo esté
Cuando tal desdicha sé?
¡Ay, padre desventurado!
ALFONSO. ¿Qué haces?
ZAIDA. Dejadme exhalar
Todo el dolor que aqui siento.
ALFONSO. No es escusado el tormento
De tan inmenso pesar.
Antes bien el corazon
Que tanta pena devora,
Con las lágrimas que llora
Dulcifica su afliccion.
Y esas que turban tu calma
Y tu sentimiento aquejan,
Virtudes son que reflejan
En la pureza del alma.
ZAIDA. Bien lo preví, ¡negra suerte!
Cuando heló mi corazon
La espantosa prediccion
De su desdicha y su muerte.
Mas ya que en fortuna triste
Sucumbió, para que fuera
Mayor mi pena y mas fiera,
Sus nobles restos perdiste.
¡Ni aun es dado á mi dolor
Honrar su nombre y su gloria!
ALFONSO. No quedará su memoria
olvidada, no.
D. LOPE. (*Solo.*) ¿Señor?
ALFONSO. ¿Qué es eso? Hablad.
D. LOPE. (*Ap. á don Alfonso.*) Descontento
El pueblo bulle en la plaza,

Y á vuestra gente amenaza.

ALFONSO. (*A Zaida.*)
Espérame en tu aposento.

ESCÈNA IV.

DON ALFONSO, DON LOPE. Luego DOÑA JIMENA.

ZAIDA. ¿Qué será? (*Vase por la izquierda.*)
ALFONSO. ¡Corred! ¡Volad!
Doblad mi guardia al instante.
D. LOPE. Mas si persisten no obstante...
ALFONSO. Mis órdenes esperad.
(*Vase don Lope.*)
Nunca llega una desdicha
sola. ¡Qué miro!
D.ª JIMENA. ¿Quién es?
(*Sale por la derecha.*)
¡Válgame Dios, y qué presto
Con mi riesgo tropecé!
¡Don Alfonso aqui!
ALFONSO. ¡Jimena!
¿Qué es lo que mis ojos ven?
¿Vos aqui, con tal descaro
Insultando mi poder?
¿Quién de la prision, decidme,
Os abrió las puertas? ¿quién?
Decidlo, y con su cabeza
Me pagará la altivez.
D.ª JIMENA. ¿Quién decís? ¿Era mi carcel
Tan dificil de romper
Que mi afan no lo alcanzara
Con intentarlo una vez?
¿Tan escasa la energía
De mi negros zelos fue
Que con tan débiles lazos
La imaginaste vencer?
ALFONSO. ¿Y cuál es hoy vuestro intento?
Hablad.
D.ª JIMENA. ¿No lo sabes bien?
ALFONSO. ¿Y os atreveis...?
D.ª JIMENA. A implorarte

Arrodillada á tus pies.
Si mi amor has olvidado,
Si no te dejas vencer
De aquellos dulces recuerdos,
No olvides mi honor tambien.
Dame mi cetro y corona
Que me arrebataste infiel:
Llévame al altar, Alfonso,
Y repúdiame despues.

ALFONSO. ¡Mas cómo es posible...!

D.ª JIMENA. Escucha.
Yo los medios te diré.

ALFONSO. ¡Callad! ¡Callad!

D.ª JIMENA. En buen hora;
Ya que ingrato y descortés
Desoyes mi ruego, el cielo
Será mi amparo y tu juez.
Bien sabes cómo castiga
El rey de los reyes. Bien
Has probado su justicia
En copa de amarga hiel.
El dedo de Dios, que marca
Al que quebranta su fé,
Tu afrenta escribió en Cazalla
Con sangre de Benamet.
Tus soldados sucumbieron,
Tus caballeros tambien,
Y el estandarte de Cristo
Escarnio del moro fue.
¡Guarte, Alfonso! pobre mártir
De tu sentencia cruel,
Contra tí injusticia apelo,
No ya contra tu desden.
No mas con llanto en los ojos
Clemencia te pediré:
Vengo á pedirte mi cetro,
Mi corona y mi dosel.

ALFONSO. ¿Y quién tu demanda apoya?
¿Quién sustenta tu altivez,
Ciega rebelde, que insultas
De tu monarca el poder?

D.ª JIMENA. Pregunta quién llena el aire

De gritos.

ALFONSO. ¡El pueblo infiel...!

D.ª JIMENA. Es la tempestad que amaga
Y el rayo que va á caer.

ALFONSO. ¡Traidores!

D.ª JIMENA. Mira si es fuerte,
Si es justa mi causa: ven
A ver en la inmensa plaza
Del pueblo el ronco tropel:
La fiel, la imperial Toledo
Hoy viste el guerrero arnés
Contra su rey: ¿á qué esperas?

ALFONSO. ¡Ciega ambicion de muger!
¿Quieres que en rudo combate,
Inútil como cruel,
Sangre castellana corra?
No será si puede ser..
Mi voz escuchará el pueblo,
Y estéril tu encono haré;
Mas si mi voz desestima,
Mas sino la escucha, ¡ay de él!
¡Ay de Toledo! ¡ay de cuántos
Conspiran contra su rey!

D.ª JIMENA. A Dios, si eso eliges.

ALFONSO. Tente:
Ya es tarde para volver.
¿Don Lope?

D. LOPE. ¿Señor?

ALFONSO. Mi guardia
Reunid al punto, y haced
Que doña Jimena quede
Guardada en vuestro poder.

VOCES DENTRO. ¡Viva Jimena!

D. LOPE. El tumulto
Crece por instantes.

ALFONSO. Bien.
Yo haré justicia.

D.ª JIMENA. ¡Ay Alfonso,
Que has olvidado el vencer!

(*Vanse los tres por la galería. Un instante despues sale Azamor por la derecha.*)

ESCENA V.

AZAMOR. Luego ZAIDA.

AZAMOR. ¿Dónde está? En la confusa gritería
Pensé escuchar... ¡Oh! no... tanta vileza,
Infame estremo de traicion sería.
¡Zaida!

ZAIDA. ¿Qué es eso?

AZAMOR. ¡Zaida!

ZAIDA. ¿Qué te altera?
Sordo rumor de lúgubres gemidos
Llegaron con pavor á mi aposento.
¿Dónde está Alfonso?

AZAMOR. El pueblo descontento...
¿No oyes de aqui sus roncos alaridos?

ZAIDA. ¿Sublevada Toledo? Mas mi esposo...

AZAMOR. Nada temas: sin duda en tu demanda
Con el pueblo combate victorioso.

ZAIDA. ¿Qué piden los rebeldes?

AZAMOR. ¿No lo sabes?
Entre el vago clamor, tal vez no oiste
Aclamar contra tí...

ZAIDA. ¡Basta! no acabes.
¡Hora fatal de mi destino triste!
Bien poco te aguardé: presto has llegado.

AZAMOR. No te aflijas asi: mientras retumba
El tremendo huracan, algun asilo...

ZAIDA. No hay mas seguro asilo que la tumba.
Mil veces y otras mil, este momento
El triste corazon vaticinaba
Con horrible y leal presentimiento,
Y resignada con mi negra suerte,
Y halagando su imagen espantosa,
Acaricié tambien la de mi muerte.

AZAMOR. ¡No, por piedad!

ZAIDA. ¿Escuchas...?

AZAMOR. ¿Qué te espanta?

ZAIDA. ¿Es acaso un rebelde, qué en la sombra
Mueve atrevido la alevosa planta?

AZAMOR. Ya se oyen cerca: espera.

(Se adelanta á la puerta del fondo.)

ZAIDA. No: ¿qué intentas?
Te matarán tambien.
AZAMOR. Nuestros destinos
De un golpe acabarán.
ZAIDA. ¡Oh! ¡no lo pienses...!
Huye, Azamor.
AZAMOR. ¡Son ellos! (*Retrocediendo.*)

ESCENA VI.

DICHOS. EL CONDE DON PEDRO ANSUREZ. Dos hombres que se quedan en la galería.

ZAIDA. (*Con dignidad.*) ¡Asesinos!
D. PEDRO. Nada temais, señora.
ZAIDA. ¿Quién osado...?
AZAMOR. El conde Peransurez.
ZAIDA. Qué os conduce
De esta manera aqui, saber espero.
D. PEDRO. Vengo á cumplir lo que á mi honor importa:
Mi obligacion de noble y caballero.
Vengo á salvaros.
ZAIDA. ¿El motin acrece?
¿Dónde mi esposo está? Decidme, conde.
D. PEDRO. No lo sé.
ZAIDA. Vive Dios que si en su pecho
Osan manchar la bárbara cuchilla,
De su preciosa vida me responde
Cuanta sangre traidora hay en Castilla.
D. PEDRO. No es el rey quien su saña precipita.
ZAIDA. Es decir que en mi daño solamente
Esa turba fanática se agita,
Ciega y furiosa en convulsion demente?
¿Solo mi muerte piden?
D. PEDRO. Por Jimena
El pueblo alzó pendon, y la corona
Pretendiendo arrancar de vuestras sienes,
Por reina de Castilla la pregona.
ZAIDA. ¡Oh! ¡jamas! ¡imposible!
AZAMOR. Asi lo quiso
La desgracia, señora. Huye te ruego.

D. PEDRO. Venid, Zaida, venid: es ya preciso.
ZAIDA. ¡Huid! ¿de quién?
D. PEDRO. El pueblo se abalanza.
ZAIDA. ¡El pueblo! ¿dónde está? que abran las puertas.
D. PEDRO. Antes que lo digais serán abiertas
Al impulso feroz de la venganza.
ZAIDA. ¡Venganza! ¿qué delito, ó cuál ultraje
Arma el brazo del pueblo? ¿qué le incita
A romper el jurado vasallaje?
D. PEDRO. ¿Y vos dudais la causa de su encono,
Hija infeliz de sangre musulmana,
Vos que pisais tan poderoso trono
En mengua de la gloria castellana?
¿Por qué lidiamos en perpetua guerra
Un siglo y otro siglo, fecundando
Con sangre generosa nuestra tierra?
¿Para qué mas luchar, si ya el destino
Que nuestro oprobio y servidumbre traza,
Quiere que el dócil cuello sometamos
Al torpe yugo de estrangera raza?
AZAMOR. Reportaos, Peransurez, con mesura
Hablad á vuestra reina.
ZAIDA. Calla.
AZAMOR. Callo;
¿Pero ha olvidado el conde por ventura
Que te debe respeto y que es vasallo?
ZAIDA. Oidme, Peransurez. Si es mi suerte
Que hoy pierda con horror vida y corona,
Ni esa disculpa quedará á mi muerte
Si esa disculpa á la traicion abona.
De una muger cuitada la memoria
Dejadme renovar. Por ella existo,
Y ella tambien para mi eterna gloria
Abrió mis ojos á la luz de Cristo.
De su terrible y desastrosa historia,
Entre negras tinieblas escondida,
Que en vano siempre descifrar espero,
Pude entender que de su amor primero
Guardó en su seno el germen de mi vida.
AZAMOR. ¡Gran Dios!
ZAIDA. En su belleza desdichada
Un rey puso su amor, y brevemente

En impuros harenes ultrajada
Lloró su oprobio y su adorado ausente.
Mártir de esta pasion halagadora,
Único amor, cuanto infelice, puro,
Logró al fin quebrantar por su desdicha
De su prision el tenebroso muro.

D. PEDRO. ¡Acabad! ¡açabad!

ZAIDA. Presto tornaron
Las dulcísimas pláticas de amores
Que las nocturnas sombras cobijaron.

D. PEDRO. ¿Y al fin...?

ZAIDA. Pero una carta...

D. PEDRO. ¡Dios del cielo!
¡Acabad!

ZAIDA. Una carta en que su amante
A escapar la incitaba delirante,
De su oculta pasion descorrió el velo.

D. PEDRO. ¡Ah!

ZAIDA. Sorprendida la infeliz, en vano
Del implacable Benamet la ira
Pretendió conjurar.

D. PEDRO. ¡Cómo! el tirano...

ZAIPA. Matola con rigor.

D. PEDRO. ¡Elvira! ¡Elvira!

ZAIDA. ¡Qué! ¿vos sabeis su nombre?

D. PEDRO. ¡Dicha inmensa
¿No es ilusion, ó sueño? No te asombre...

ZAIDA. ¡Ansurez!

D. PEDRO. ¿Es verdad lo que me dices?
¿Es verdad, Isabel?

ZAIDA. ¡Ese es mi nombre!

D. PEDRO. ¿Y no te dice nada mi contento?
¿Esos dulces recuerdos de tu madre
No han dejado en tu pecho un sentimiento
Que consagrar á tu olvidado padre?
(*La coje la mano con delirio.*)

ZAIDA. ¡Sí...! mi padre murió.

D. PEDRO. Te engañas.

ZAIDA. ¡Conde!

D. PEDRO. Mártir de la amistad, Nuño Ferrando
Con tu padre tambien alli cautivo
Por salvarle murió.

AIDA. ¡Cielos...! ¿mas dónde,
Dónde está, dime?

. PEDRO. En tu presencia, vivo.
(*Zaida se arroja en sus brazos.*)

AIDA. ¡Padre! ¿sois vos?

. PEDRO. ¡Oh dia de ventura!

AIDA. ¿Es verdad? ¿es verdad?

ZAMOR. Pero entre tanto
El frenético pueblo con bravura
Penetra en el alcázar.

. PEDRO. Ven, huyamos.

ZAMOR. Corro á buscar á Alfonso.
(*Vase por la derecha.*)

. PEDRO. Ya ¿qué esperas?
El pueblo va á llegar.

AIDA. Pues bien: veamos
Si con perfidia, si con mano aleve
De mi corona al resplandor se atreve.
(*Se ciñe la corona y sube al trono.*

. PEDRO. No, no... que como el sol ardiente brilla,
Brilla y deslumbra tu altivez serena.
No osarán, no osarán.

ESCENA VII.

ICHOS. EL PUEBLO, que inunda la galería y viene á pre-ipitarse hácia la puerta. Entre el tumulto, se verá á IMENA rodeada de algunos caballeros. Peransurez se delanta al pueblo desnudando la espada, y al mismo iempo salen por la derecha ALFONSO y AZAMOR, seguidos de algunos soldados.

UEBLO. ¡Viva Jimena!

. PEDRO. Isabel es la reina de Castilla.
(*Arrodillándose delante de Alfonso.*)
Y vos, señor, á quien rebelde pude
Negar en otro tiempo mi obediencia,
Otra vez mi lealtad á vos acude:
Pronunciad, si os agrada, mi sentencia.

LFONSO. Noble vasallo, alzad. Y esos que ilusos
Contra su rey las armas esgrimieron

Y osaron ciegos insultar mi trono,
Libres salgan de aqui: yo los perdono.
Mas vos, doña Jimena...

ZAIDA. A mí me toca
Su sentencia, señor.

JIMENA. (*De rodillas.*) ¡La muerte pido!
La muerte y nada mas: este es mi anhelo.

ZAIDA. Dia es hoy de perdon: alzad del suelo.

FIN DEL DRAMA.

FÉ DE ERRATAS.

Pág.	Línea.	Dice.	Léase.
17	16	rebosa	rebosan
id.	28	llora	lloran
id.	40	es	ese
21	2	replico	replica
25	8	blasono	blasona
26	13	nuestro	vuestro
27	39	realizan	realizasen
32	26	vase	base